

A Virginia

Brenda Ortiz Coss

Que una mujer con monedas esterlinas en un bolso de seda
tome la palabra en su propia habitación hacia el artificio,
que niegue su emoción, que no se exprese
mientras evita el césped reservado para el escolar colérico;
sea una mujer pertinaz en ser sí misma sin real existencia,
con dos agujas en el sombrero que entretejan la urdimbre entre Andrós y Ginés.

Mujer de ojos estalactitas que reproche a Clío su despojo de feminidad
y demande un nicho entre la sien, las falanges, la claridad, la ignominia,
en el lado opuesto de sí misma literaria.

Esta mujer sin brillo ni prisa ni poesía en el cabello
escrutará en la pared desnuda de la tierra desnuda
las obras al óleo con ella entre jardines, con ella entre zarzales;
sangrienta la mano, soporta la espina de la rosa furibunda
que un soberbio patriarca le tributa mientras implanta su tiranía.

Esta mujer se observa en un espejo y revierte a la mujer cautiva
con dulce en las mejillas y trinar cereza,
nacida en la espuma de la pluma del volátil estratega
que exige a la imaginación su magna y similar Venus, mientras
Eva enloquecida del genio inadecuado,
Eva maculada de talento en la prosa,
Eva revolcada en la vorágine del logos
—Lilith en el rincón más insigne del desprecio.

Una mujer inmolada en el fogón usado para aplacar el hambre del profesor iracundo
que la ve arder,
aplaude su desdén
y la reescribe obstinado, cereza y trinar.

Que esta mujer en llamas asalte los pergaminos de Alejandría
para improntarse en la profunda renuncia de su nombre,
en la sombra de la desaprobación,
en la felicidad de no ser en el anverso de la poesía,
en la cara oculta de lo determinado.

Indómita Mercuria, herética Prometea,
una mujer con quinientas libras en su bolso de seda
que en su propia habitación enciende la palabra,
calcina los testimonios, abrasa el artificio,
mancilla el jardín reservado para el *dominus* disminuido;
obstinada en ser sí misma sin real existencia,
anónima Virgilia, andrógina Virginia.